

Reflexiones sobre la historia de la Izquierda*

Manuel Caballero Historiador y periodista venezolano, Director de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela (UCV), Estudios en la Universidad de París y en la Universidad de Londres. Fue miembro de la Dirección Nacional del MAS (Movimiento al Socialismo), Autor de numerosos libros, entre ellos: "La Biografía de Rómulo Betancourt", y "La Internacional Comunista y América Latina. La Sección Venezolana".

"Que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha". (Mateo: VI, 3)

"Cuando se me pregunta si la diferencia entre partidos de derecha e izquierda, hombres de derecha e izquierda, tiene todavía un sentido, lo primero que pienso es que quien pregunta no es un hombre de izquierda". (Alain)

"No es sólo el doctrinarismo de derecha el que es erróneo; también lo es el doctrinarismo de izquierda". (Lenin)

Introducción

Hace más de veinte años, un grupo de intelectuales y artistas de "extrema izquierda" fundamos la revista **Tabla Redonda**. Como era yo uno de los que mejor familiarizados parecían estar con el lenguaje político, se me pidió un artículo sobre esa izquierda donde se nos había ubicado "sin aviso y sin protesta". La aparición de la revista se retrasó mientras yo trataba de encontrar una definición de eso por lo cual se suponía que yo debía tener, amén de simpatía, la mayor claridad. Al final no la encontré y me salí del brete con una generalidad. Para decir verdad, no lograba ir más allá de lo que mis dos brazos señalaban.

Me morí de vergüenza cuando mi artículo apareció y anduve al ras de los muros durante muchos años: todo lo atribuía a mi juventud, mi inexperiencia, mi incultura política. De nada me valía leer y releer el grueso número especial de **Les temps modernes**, la revista de Sartre y Simone de Beauvoir, sobre **La gauche**: nada lograba sacar de aquellos bellísimos malabarismos filosófico-literarios.

Tardé mucho tiempo en comprender que, como en los juegos lógicos y los **tests** de inteligencia, la dificultad para responder persistiría mientras no lograrse descubrir la trampa que encierra la pregunta: no existe una definición **política** de la izquierda, por la sencilla razón de que no es un concepto político sino puramente

* Este trabajo fue originalmente publicado por la revista **Respuesta**, del Zulia, Maracaibo/Venezuela (Nº 69 de 1982) bajo el título: "La Izquierda: ¿Nudo gordiano o cuadratura del círculo?".

espacial, y el problema planteado sería equivalente al de quien pretendiese medir las ideas por metros.

I. La enfermedad infantil

Hay que empezar diciendo que, según toda evidencia, el concepto de izquierda política es latino y no sajón. La **Enciclopedia Britannica** no dedica ni una línea al asunto, al menos como sustantivo. En Inglaterra y los Estados Unidos, antes de los años sesenta, sólo algunos sectores muy radicales, y generalmente marginales, asumían el mote. Por lo demás, en los EE.UU. se les llamaba púdicamente **liberales**. Y en los países cuya cultura política no se nutre de ninguna de aquellas dos fuentes, el término tampoco parece gozar de muy buena prensa: Lenin lo aborrecía, y casi le da gracias a Dios por haberle enviado desde el cielo la circunstancial denominación de **bolchevik**, que le permitió diferenciarse de sus enemigos en el interior de la social democracia rusa. Desde la tribuna del VI Congreso de la Internacional Comunista, Nikolai Bujarin la empleó a disgusto, señalando su imprecisión. Y habría que preguntarse si el término no tiene alguna significación para los asiáticos.

En los países latinos, se trata sobre todo de la asunción, por parte de los ofendidos, de un concepto despreciativo. En todas las lenguas y culturas (o, al menos, en las más conocidas e influyentes) la palabra izquierda está siempre asociada con torpeza y relativa inutilidad, incluso con deshonestidad o condición inconfesable: el francés de **vaudeville** siempre se referirá a su querida como "esposa de la mano izquierda". Los reyes, siguiendo el altísimo ejemplo de Dios Padre, siempre sentaron a su diestra a sus favoritos. En Inglaterra, cuando no les quedó más remedio que autorizar la formación de parlamentos, los partidarios de la prerrogativa real buscaron, aduladoramente, sentarse a su derecha.

Como sucede muchas veces, los relegados hicieron de necesidad virtud, y lo de "izquierda", que en realidad era un insulto, lo asumieron como elogio. La historia está llena de tales reversiones: una conocida secta religiosa protestante, la "Sociedad de Amigos", es absolutamente desconocida bajo ese nombre, pero no así bajo el irónico remoquete que sus enemigos le endilgaron por la manera como los cuerpos de sus socios temblaban al argüir estar poseídos por la gracia de Dios: los "tembladores" (que en inglés se llaman **quakers**), los austeros **Cuáqueros** cuya estampa adorna las latas de avena. En Venezuela el caso más famoso es el de los adecos (ade-comunistas), remoquete que al comienzo los hacía estremecerse de indignación, aun cuando ahora haya quienes juren serlo hasta que se mueran.

Un concepto histórico

En todo caso, se trata de un concepto que proviene del fin de lo que los historiadores llaman la Edad Moderna. Algunos de izquierda, en particular los marxistas, han tratado de rescatar para su bando uno que otro rebelde de tiempos más antiguos: Espartaco en Roma, Pugachov y Razin en Rusia, los **levellers** en Inglaterra. Pero tratar de dar a esos movimientos un tinte doctrinario, que tenga la claridad de los contemporáneos, sólo pueden conducir a dos opciones, igualmente mentirosas y estériles, o asumir todo el personaje para la izquierda, o maquillarlo recor-tándole sus rabos sueltos, sus seis patas, sus cuatro narices. En el primer caso, tendríamos el tremendo enredo de quien intentase, en Brasil, recuperar para un Panteón Izquierdista a los héroes de la revuelta anarco-santurrón de Antonio Conselheiro; en el segundo caso - y se ha dado -, tratar de ocultar que el "comunista" Ezequiel Zamora no sólo tuvo esclavos, sino que se peleó por ser indemnizado cuando la abolición. Sobre todo porque, si se sigue así hacia atrás, no podríamos excluir de ese Panteón, y en el más alto sitio, al camarada Diablo, aquel valeroso Luzbel que fuera el primer insurrecto de la historia.

Quedémonos entonces en una época más laica y cercana a la nuestra. Unos franceses hacen arrancar tal concepto de la Asamblea Nacional en 1789; otros, de los tiempos de la Restauración borbónica, cuando se convirtió en costumbre el hecho de que los nostálgicos de la República, o por lo menos de la Constitución, se sentasen a la izquierda del presidente del Parlamento. Isaac Asimov, en un libro de vulgarización, sitúa el origen de tal hábito e el parlamento inglés, pero por nuestra parte nos sentimos inclinados a desconfiar de Asimov, no tanto porque sea escritor de ficciones científicas, sino porque, como decíamos antes, su proyección es de latinos y no de sajones; el empirismo de éstos le hace rehuir las compartimentaciones estancos, pero el cartesianismo de aquellos las busca cuando en ellas se puedan ordena las ideas claras y distintas.

El de izquierda es, pues, un concepto histórico, de historia contemporánea. Y como tal, está sujeto a evolución y cambio, muchas veces de la noche a la mañana: para testimoniario tenemos a Rufino Blanco Fombona, quien, después de pasear (blandido en La mano izquierda de su liberalismo lerrouxiano) un bastón de **condottiero** por los lomos de sus adversarios conservadores y antibolivarianos, vino a aterrizar en Venezuela con ganas de partirlo en los izquierdos lomos de los jóvenes alborotados que, en 1936, lo conocían poco y lo entendían menos.

De esos cambios y esa evolución sería demasiado seguir los meandros, las vueltas y revueltas. Pero si algún atosigado estudiante nos pidiera algunos hitos, para copiarlos en su "chuleta", nos atreveríamos a señalar tres momentos en la evolución del concepto, para luego saltar a la segunda parte de este trabajo, donde tenemos la intención de decir algunas cosas sobre la evolución del hecho.

Con el agua sucia

El primer momento coincide con el primer sentido del mismo: la ubicación de las curules en el Parlamento. Entonces lo fundamental de la vida política parecía tener allí su lugar. Se trata de un momento que, quienes nos interesamos por la historia de las ideas políticas, identificamos como aquel en que la política empieza a ser concebida como realidad autónoma, es decir, no dependiente de la voluntad divina, como se creía antes de la revolución maquiaveliana, ni tampoco de la dinámica económica y los conflictos sociales que ella engendra, como se pensará luego de la revolución marxiana. Por consiguiente, si la actividad política se resuelve en sí misma, encuentra en ella misma su origen y su fin, su **alfa** y su **omega**, lo más lógico es que tenga su santuario en ese sitio donde no se hace otra cosa que política: el Parlamento. Hasta algo tan sencillo como sentarse juntos quienes mejor se conocen y están de acuerdo en más cosas adquirirá una significación política, y así, "a la derecha" y "a la izquierda" dejarán de ser simples modos adverbiales para transformarse en escogencias, opciones, opiniones.

El segundo momento sucede cuando Lenin decide botar al niño junto con el agua sucia de la ponchera. Hoy mucha gente pareciera haberlo olvidado, pero, en el terreno político - y mucho antes de octubre. de 1917 -, la revolución leniniana era, entre otras cosas, una revolución antiparlamentaria. Para un hombre con su culto de la eficacia, acostumbrado a asumir enteramente sus responsabilidades y a jugar su destino en un momento ("hoy es demasiado temprano, mañana será demasiado tarde"), nada es tan despreciable como esos interminables palabreos de un Parlamento que, por lo demás, Rusia no conoció mucho nunca. Para la actividad que allí se desarrolla, Lenin reservará entonces uno de los más feroces insultos de su vocabulario, que no era parco, en ellos: "cretinismo parlamentario".

Lenin odiaba al Parlamento con todas las fibras del corazón y del cerebro, y asimismo todo lo que de allí provenía: desde el propio nombre (después de 1905, aprendió a oponerle **soviet**) hasta, por supuesto, los conceptos de izquierda y derecha políticas. Y como no era hombre para asustarse con la ruina que, según dicen, acecha a quien le pega a su familia, tal vez el concepto de "izquierda" le era más insoportable que el otro, con el cual nadie corría el riesgo de confundir sus opiniones. Así, contra los más aparentemente fanáticos entre sus propios seguidores, que decían serlo tanto que hasta a su izquierda se situaban (es decir, pensaban estar a la izquierda de la izquierda más insuperablemente extrema), escribió uno de sus panfletos más famosos y el más abierto, desembozadamente maquiavélico: **La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo**. Lo que nosotros llamaríamos sarampión...

Esta intolerancia de Lenin ante el término se la transmitió a sus secuaces, a sus herederos. Es así como, mientras estuvo brillando el sol de Octubre sobre las revoluciones de este mundo, cayó en desuso hablar de izquierdismo elogiosa y no peyorativamente. Así, a finales de los años veinte, en Francia, el **Cartel des gauches** designaba una combinación de socialistas reformistas y radicales burgueses, aborrecidos igualmente por los comunistas. Cuando el triunfo de Hitler obligó a comunistas y socialistas a reconciliarse, y a celebrar aunque fuesen fugaces matri-

monios de conveniencia, se evitó cuidadosamente hablar de esas bodas como "de izquierda": el nombre mas comúnmente escogido fue el de Frente Popular. Este desapareció con la guerra, pero en 1945, al renacer con otros nombres, se siguió evitando el despreciado termino.

El tercer momento se puede situar por los años sesenta. A raíz de una de las mas hermosas "objeciones de conciencia" de este siglo - la oposición del pueblo norteamericano, en particular de sus jóvenes estudiantes, a la intervención norteamericana en Vietnam -, la sociedad yanqui logró tener una buena catarsis dándose un torrencial baño de radicalismo que no parecía tener fin ni reconocer frontera. Entre las cosas que descubrieron los jóvenes norteamericanos, había algo que en Europa había pasado de moda hacía tiempo: la izquierda como realidad e incluso como término. Poco después, como al general De Gaulle le importaba un bledo que lo calificasen de izquierda o de derecha con tal de que le dejasen estar arriba, en Francia se le recuperó, y hasta los comunistas terminaron por aceptarlo a regañadientes: será la **Union des gauches**, que durante tantos años intentará - muy unida - tomar el poder, y que terminará dándole el triunfo a Mitterrand cuando ya todo el mundo la creía muerta y enterrada después de haberse partido en dos pedazos.

II. El complejo de inferioridad

Pero, rechazado mientras vive, el concepto de izquierda tiene acogida, y hasta podríamos decir unanimidad, después de muerto. Es que la manía clasificatoria (que, vista desde el mejor ángulo, es búsqueda de claridad, inquietud por racionalizar y ordenar lo que en la realidad se presenta disperso y confuso) ha contribuido a ello: es más fácil meter a la gente en la izquierda aquí y en la derecha allá que andar explicando matices, diferencias y divisiones.

Por eso, cuando se echa la mirada hacia atrás, es posible señalar, si no períodos o etapas, al menos un conjunto de problemas, rasgos y definiciones que, a través de una historia relativamente reciente, han definido a quienes tienen una posición o representan lo que en cierta oportunidad se llamó el partido "del movimiento" (por oposición al partido "del estancamiento"), y que a estas alturas, por comodidad idiomática, se sigue llamando "izquierda".

El lector no dejará de observar un cierto embarazo en el párrafo anterior. Si está lleno de circunloquios, aclaraciones y condicionales, ello se debe, simplemente, a que nos resistimos a señalar períodos en la historia de la izquierda. La dificultad estriba en que los rasgos que podrían definirla varían con bastante frecuencia (por eso preferimos hablar de "momentos"), en que muchas veces se encabalgan (se puede así adoptar una actitud considerada de izquierda en cierta dirección, y otra simultánea que se podría ubicar en la derecha); y es que lo que define a la izquierda en un país es, por el contrario y al mismo tiempo, lo que define una política de derecha en otro, muchas veces cercano: en 1948, apoyar la creación del Es-

tado de Israel significaba ser de izquierda en Europa y de derecha en los países árabes. En otros términos, no es que los conceptos de izquierda y derecha en política sean obsoletos, pero habría que preguntarse realmente si tuvieron vigencia alguna vez en el presente y no como reflexión posterior sobre el asunto: la verdad es que la idea de **izquierda** encierra la contradicción, posiblemente insuperable, de un concepto demasiado estático y una realidad demasiado dinámica.

Esa contradicción la vamos a encontrar a cada rato, por lo que a cada rato la izquierda está obligada a revisar no sólo programas tácticos, sino opciones a más largo plazo e incluso el fundamento mismo de su acción política, su asiento teórico y doctrinario. Así pues, tomando como base aquellos "momentos" que señalábamos en la primera parte, veamos en cada caso lo que significaba ser de izquierda.

Una vez pasado el turbión revolucionario - y cuando el radicalismo jacobino vino a refugiarse en América, bajo las banderas tremoladas por Bolívar -, apenas pudo sentarse en un Parlamento o algo así, el hombre de izquierda era generalmente un personaje vestido con decencia (aunque no rechazara una bohemia más goliárdica que artística) que - en la estricta intimidad de la familia o en forma pública, según las posibilidades - hablaba mal de los reyes y de los curas, creía en la libertad de pensamiento y hasta de su expresión (en aquel caso podía significar simple tolerancia religiosa; en éste, libertad de prensa) y estaba dispuesto a morir por la patria por un quitame allá esas pajas: la tendencia más radical y simpática de tal izquierda la santifica melosamente Víctor Hugo en los estudiantes que cucaracheaban en torno a Cossette y subían a las barricadas acompañados de Gavroche.

Algunos de esos rasgos podían parecer caricaturescos, pero en verdad son, cuando más, arquetípicos. Cuando decimos que va "vestido con decencia", lo hacemos para destacar que se trataba de una contienda fundamental, si es que no estrictamente, burguesa: los integrantes de la harapienta clase obrera, para cubrirse del frío, usaban una gorra de paño (mientras los más radicales izquierdistas usaban un coqueto sombrero tipo "bolívar"); para ellos la libertad de prensa no significaba demasiado porque no sabían leer; tal vez habían perdido el respeto de la realeza, pero seguían teniendo miedo a los esbirros del Rey; desdeñaban la iglesia por la taberna (**L'asommoir** de Zola); y en general, tampoco estas historias de izquierda y derecha le significaban gran cosa: frecuentemente, no sabían escribir...

Las tres opciones

En las tres últimas décadas del siglo pasado, la situación cambia una vez que los **bersaglieri** del rey de Italia rompieron la **Porta Pia** para ocupar Roma y culminar así la unidad italiana; que los soldados prusianos humillan a las tropas de Napoleón III; que durante tres meses la ciudad de París se convierte en **La Commune**; que, con mano de hierro, Bismarck va a sellar la unidad alemana en provecho de Prusia y desmedro de Austria.

La unidad y la libertad (y en algún caso la República) reinan en Europa Occidental; pero a costa de haber perdido su inocencia. Por eso la fisonomía del hombre de izquierda tiene que cambiar. Se forman los partidos obreros y algunos de sus hombres entran al Parlamento. Ya nos será posible seguir ignorando la existencia de la clase obrera, ni referirse a ella púdicamente como "la cuestión social".

Sin embargo, hay otra opción que cambia de campo: el patriotismo. Antes, la defensa de la patria era la defensa de la nación, por oposición a la defensa del rey. Pero los antiguos absolutistas - muchos de ellos monarquistas confesos o convictos descubren que el superpatriotismo puede pagar excelentes dividendos políticos, incluso en las antiguamente aborrecidas elecciones. Sobre todo cuando, al defender la patria, no se arriesga el pellejo ni se corre el menor peligro de que nos alcance el plomo. Se trata entonces de buscar a un enemigo que sea absolutamente incapaz de defenderse, por la sencilla razón de que los crímenes que se le imputan son absolutamente **improbables** : en tales condiciones, poco importa que no se pueda probar su culpabilidad, pues lo que importa es que a él le será imposible probar su inocencia. Y además, el chivo expiatorio está allí, amarrado y dispuesto, sirviendo desde hace más de mil años: el judío. Será en Francia el momento del **affaire** Dreyfus. El patriotismo se transformará en antisemitismo, en racismo, y a un hombre de izquierda, que quiera ser digno de tal nombre, le dará vergüenza andar en tales compañías. Es por eso que, entre intelectuales anarquistas y obreros socialistas, la palabra **patria** comenzará a ser objeto de irrisión.

Esto, incluso, dejará de ser una opinión para convertirse, durante casi cuarenta años, en una moda de cierta izquierda extra parlamentaria. La Gran Guerra terminará con todo eso: casi todo el mundo será patriota (incluyendo a esos judíos víctimas del patriotismo). Menos uno: Ulianov, ese emigrado intratable, aferrado a sus aversiones, paseando por cafetines y bibliotecas su odio por la patria, el parlamento y el reformismo. Ulianov, ese ruso de Europa que hablaba alemán y se sabía de memoria a Karl Marx, ese ruso de Asia con pómulos salientes y voluntad de hierro. Ulianov: Lenin.

Después de él, y durante un buen medio siglo, fuera de los cafetines, la izquierda no osó volver a llamarse así. Por lo demás, durante todos esos años, la gente tendrá mucho que hacer para andar preocupándose por el lugar que se ocupa en un hemisiclo: los herederos de Lenin, preocupados sobre todo por sobrevivir y creándose unos reflejos de fortaleza sitiada que, por muy reales que fueran, por comprensibles y justificables, no dejaron por eso de desembocar en la paranoia; el resto de la innominada izquierda en Europa, tratando de conjurar el fascismo o de escapar a su locura devastadora; la gente de la calle, tratando de proteger su simple vida del mayor de todos los peligros: la guerra...

Casi con exclusión de cualquier otra, ésas fueron entonces las tres opciones que separaban a la izquierda de la derecha. Pero una vez derrotado el fascismo y ter-

minada la guerra, sólo subsistió la defensa de la URSS como definatoria de la condición de hombre de izquierda.

Entusiasmo de converso

Desde luego, esto era muy poco, y, fuera de una franja relativamente pequeña de simpatizantes y satélites, no iba mucho más allá de los solos comunistas. Pero creó en el resto de la izquierda una inhibición que durante muchos años bloqueó en ella toda posibilidad, e incluso toda esperanza, de desarrollo autónomo. Existía en todos un complejo de inferioridad frente a esa URSS que había vencido al capitalismo (hasta que la disidencia china se produjo, nadie se atrevió a dudar sistemáticamente del carácter socialista de la URSS, ni siquiera en los partidos más conservadores de la Segunda Internacional), pero que además había sido, en Europa, la vencedora del fascismo, al precio más alto que pueblo alguno haya pagado en la historia. Ese complejo de inferioridad, aunado al sectarismo de sitiados de que hacían gala los comunistas, bloqueó durante muchos años las posibilidades de desarrollo de la izquierda no comunista, así como de la izquierda **tout court**.

Después de 1949, la URSS no podía pretender que estaba sola y aislada, puesto que hasta la última gota de sangre vertida la había cobrado en Europa Oriental con la extensión de su influencia, pero sobre todo porque a partir del primero de octubre de aquel año pareció tener definitiva y reciamente cuidadas las espaldas, con la proclamación de la República Popular China.

Pero el triunfo de la revolución china va a acelerar un proceso - la extinción del colonialismo que servirá para revitalizar a esa izquierda débil y aislada, haciéndote resucitar viejos reflejos humanitarios, antimilitaristas y antipatriotas. Desde el final de los años cincuenta hasta promediar los setenta, dos grandes guerras coloniales van a dar el **la** a la propaganda de la izquierda: las de Argelia y Vietnam.

Esta última será la más larga, la más cruel, la más atroz. Pero su final va a tener una significación comparable tan sólo a las guerras americanas. Porque, de un lado, mostrará a los Estados Unidos - y por allí mismo a todas las grandes potencias - los límites de su poder, pero sobre todo porque señalará el fin de la presencia del hombre blanco en Asia.

En la historia de la izquierda, va a marcar también ese tercer momento del cual hemos hablado. Se trata de un renacimiento del vocablo, que la **New Left** americana comenzó a emplear con un entusiasmo de converso. Pero ese renacimiento traerá aparejadas dos características que reflejarán un desbloqueo de la izquierda **no comunista**. Una de ellas, muy típica del movimiento norteamericano, es que, si no la esperanza, por lo menos la espera del despertar de la clase obrera para dirigir la revolución sufrirá los más duros golpes por parte de los **hard-hats** ultra

nacionalistas, en una palabra, derechistas pero no por eso menos incuestionablemente **obreros**.

La segunda es la pérdida del complejo de inferioridad frente a la URSS y al Partido Comunista. Ello tiene diversas causas, pero las más evidentes son: la disidencia china; la explosión de mayo de 1968 (a la cual Malraux, con esa tendencia tan francesa a seguirse creyendo el **omphalus** del universo mundo, llamó "una crisis de civilización"), que hizo aparecer al Partido Comunista, ante la **intelligentzia** de aquel país y del mundo, como un gran partido obrero **conservador**; la misma explosión norteamericana, que demostró que era posible vencer en una batalla contra la burguesía sin el apoyo de un prácticamente inexistente Partido Comunista; y por muchas de las mismas razones, el triunfo de la revolución cubana.

III. La infaltable ave fénix

Era Benedetto Croce quien decía que toda historia es contemporánea. En todo caso, y si es verdad lo que se dijo al morir Gómez, que el siglo XX venezolano comenzaba en ese momento, toda la historia de la izquierda venezolana es contemporánea.

En 1936, el vocabulario del venezolano se enriqueció súbitamente, con el aporte de miles de palabras nuevas o remozadas, y no pocas importadas. Unas para detestar: latifundio, imperialismo, nepotismo, obvenciones, peculado, tortol, grillos; otras para querer: libertad, democracia, derechos humanos, otras para atemorizar: comunismo, socialismo y anarquismo, así como también nazismo y fascismo. Un grupo de palabras se situaba a medio camino entre la fascinación y el temor: sindicatos, partidos, manifestación. Aquí, repetida con esperanza o con miedo, estaba también la palabra **izquierda**: desembarcaba en nuestras playas con un buen siglo de retraso.

Pero algo nuevo traía: la preocupación por la organización y la acción de clase obrera, tanto en sindicatos como en partidos, que en Europa había tardado un buen siglo en imponerse al lenguaje político, viene hasta nosotros con la fundación misma de los partidos contemporáneos. Pero también arrastraba algunos andrajos pasados de moda. Con su característico sentido de la inoportunidad, a Jóvito Villalba, como si todavía se viviera en la época de **Syllabus**, no se le ocurrió nada mejor que proponer y, de hecho, desencadenar una chillona campaña anticlerical. Hasta **Petróleo**, el periódico que en el Zulia representaba un novedosísimo - y prácticamente único en Venezuela - ensayo de periodismo político **obrero**, gastaba muchas de sus muy escasas páginas en meterse con los curas en lenguaje que olía mucho menos a marxismo que a francmasonería.

Pero lo que más va a distinguir al hombre de izquierda, en ese año de gracia de 1936, es lo que lo hace indistinguible de la inmensa mayoría de los venezolanos de entonces: el anhelo por democratizar la vida pública. Todas las otras consignas

pasarán a un segundo o tercer plano: elecciones generales!. Así, entre admiraciones, como la más estridente invocación, esta consigna va a figurar en toda clase de publicaciones, reuniones y discursos de la izquierda.

Todo eso se termina con el **Flandre**, aquel barco francés que va a recoger a los 47 líderes izquierdistas - en verdad, algo menos: ni Rómulo Betancourt, ni Juan Bautista Fuenmayor se dejan aprehender por la policía que, aplicando el inciso sexto del artículo 32 de la Constitución, López Contreras va a expulsar hasta por un año a México. La izquierda pasa a la clandestinidad, y su nombre genérico servirá para designar los escasos números del órgano ilegal del P.D.N. ya abiertamente betancuriano: **Izquierdas** - en plural - saldrá muy poco, como muy poco saldrá, treinta años después aquel singular **Izquierda** de Domingo Alberto Rangel y Gumersindo Rodríguez.

Sin demasiada pena

Cuando esos líderes vuelvan, ya todo habrá cambiado tanto, que nadie se atreverá a hablar, no digamos de "izquierda", ni siquiera de "izquierdas". Es un tiempo en que es mal visto tratar de dividir a la comunidad nacional, y mal visto sobre todo entre quienes en 1936 constituían la más extrema izquierda: los comunistas practicarán una política de rigurosa "unidad nacional" antifascista. A Betancourt, recién fundada **Acción Democrática**, todo eso le interesa muy poco. Le interesa muy poco que lo sitúen en la izquierda o en la derecha, y tampoco va a caer en la trampa de quienes quieran colocarlo entre los fascistas o antifascistas de acuerdo con líneas que ellos mismos tracen y que él no pueda borrar o señalar según el caso. Su problema es otro: está tratando de que a partir de entonces el país deje de dividirse entre izquierdistas y derechistas, entre gomecistas y antigomecistas, e incluso entre gobierno y oposición. Lo que le interesa es que el país llegue a dividirse teniéndole como frontera. Que todo el mundo sea adeco o antiadeco. Hasta que se muera, si es posible.

Entre el desdén de los comunistas y la indiferencia de Betancourt, el vocablo se murió sin gloria y también sin demasiada pena. Cuando, después del 18 de octubre de 1945, AD logre una votación cercana a la unanimidad, el problema no será situarse en la izquierda o en la derecha, sino cómo sobrevivir fuera de ese partido. Los únicos que lograrán conseguirlo no es porque sean de izquierda o de derecha, sino porque llevan un fusil en cualquiera de las dos manos. Y después del 24 de noviembre de 1948, el problema será cómo sobrevivir sin plegarse a estos últimos.

Así las cosas, habrá que esperar hasta los años sesenta para que reaparezca la testaruda palabra. A la vera de la revolución cubana, todas las espitas de radicalismo se abren en América Latina, y Venezuela no será la excepción. Correrán la sangre y el plomo. También, torrentosas, las palabras: Domingo Alberto Rangel se desparrama en un mitin en Maracaibo para fundar **Acción Democrática de Iz-**

quierda y en otro de Caracas para transformarla en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Como la infaltable Ave Fénix de la sobadísima comparación, la izquierda ha renacido.

En AD el asunto se recibe con disgusto. No sólo porque, como todos los desprendimientos, aquél no deja de doler, ni porque los odios mellizales sean los más implacables, como las guerras civiles las más crueles, sino porque en el seno de ese partido vuelven a jugar los viejos reflejos de 1936, y por lo demás mucha de la gente que se queda adentro aborrece que la consideren derechista, del mismo modo como Betancourt y Leoni, durante mucho tiempo, consideraron un insulto que los creyeran **reformistas**. De modo que, para designar al nuevo fenómeno, será ese partido quien más se exprima los sesos para emplear circunloquios: la "mal llamada izquierda". Se llegó incluso a inventar un **slogan** que no tuvo demasiados adeptos: "Izquierda blanca, si; derecha roja, no!". Todos esos cuidados se terminaron con el aplastante triunfo de Carlos Andrés Pérez en 1973: como en 1945, el baño de multitud volvió a curar a los adecos de sus complejos.

Tabla de salvación

Los copeyanos se tomaron el asunto "tranquilos y sin nervios" **avant la lettre**. Sentían que su espacio político no lo molestaba ni lo cubría siquiera en parte de aquel fenómeno, y nunca anduvieron con demasiados cuidados para llamar a la izquierda por su nombre. También porque intuían, como lo veremos al final que la auto definición en esa forma, además de ser sumamente cómoda, era una trampa que quienes la empleaban se empeñaban en fabricar y pisar con una consecuencia digna de mejor causa.

En 1973, después que la izquierda sufrió una **débaçle** electoral de la cual solamente el MAS pudo sacar a duras penas la cabeza, este mismo partido se dio cuenta de la trampa en que se encontraba pataleando y emitió una declaración ("Nos negamos a dividir al país en izquierdas y derechas") que a muchos les sonó entonces provocadora y señal indefectible de que ese partido se disponía a pasarse con armas y bagajes al enemigo.

Este proceso de intenciones ha continuado a partir de entonces, haciendo que el MAS no siga una línea continua, pero ése no es el problema; se han unido factores de diversa índole para hacer que el MAS proceda en ese terreno a marchas y contramarchas. Aparte del proceso de intenciones (que, unido al mágico retintín que en ciertos sectores tiene la fórmula de unidad, tanto como la misma palabra izquierda, ha logrado a veces morder en el espacio donde el MAS se mueve hasta ahora), una serie de partidos se han aferrado al término sabedores de los reflejos que podría despertar en electores que vienen de una larga tradición de radicalismo, y en gentes profundamente revolucionarias a quienes molesta que los sitúen a la derecha por muy injusta que sea la acusación y por mucho que buena parte de quienes la hacen no tengan la menor autoridad o credencial para hacerla.

Cuando decimos que algunos partidos o grupos se han aferrado al término, no estamos empleando una palabra escogida al azar: se trata exactamente de una tabla de salvación para una raleada, pero vociferante legión de náufragos. Así, en los hechos, aun cuando el concepto de izquierda en Venezuela sea hoy absolutamente inepto para servir de piso a cualquier política positiva y de largo aliento (como debe serlo toda política auténticamente revolucionaria), es sin embargo un peso muerto que impide toda reflexión y toda acción serias. Que se nos entienda bien: no se trata de esta particular izquierda venezolana en este particular momento de su acción, sino de que el concepto de izquierda sobrevive sobre la base de la pereza mental, madre de todos los vicios del esquematismo, así como del miedo tradicional de algunos partidos a asumir sus responsabilidades, entre ellas la mayor y más definitoria en el campo político: el poder.

IV. Inhibición frente al poder

Al empezar estas cuartillas colocamos en epígrafe la bien conocida frase de Alain según la cual quien niegue vigencia a los conceptos de derecha e izquierda se hace sospechoso de derechismo. Esta idea, aún antes de ser expresada, ha inhibido a demasiada gente para hacer una disección de la izquierda y el izquierdismo, pues uno de los más tenaces snobismos de la latinidad política es ser de **gauche** (así, en francés, porque de allá ha venido). En Venezuela, hasta un partido de dimensiones tales que en cierto momento llegó a ser comparado con el P.R.I. mexicano (a saber, **Acción Democrática**), ha tenido sus momentos de susto e inhibición frente a ese snobismo, y, en general, muy poca gente se confiesa derechista en este país.

Sin embargo, no tenemos inconveniente alguno en aceptar lo que dice Alain. No sostenemos que los conceptos de derecha e izquierda estén superados. A lo que pretendemos negar vigencia es exclusivamente al concepto de **izquierda**.

¿Y no es acaso lo mismo? En absoluto. Porque el conservatismo, el **establishment** el **statu quo**, o si se prefiere, la **derecha** no necesitan precisiones ni definiciones, y poco importa que la ubiquen a la izquierda o a la derecha si con eso logra disimular que es **arriba** donde está en realidad.

Pero la idea de que exista una izquierda política es un concepto **ideológico**. Es decir, un ocultamiento de la realidad, una falsa conciencia. Es decir, un concepto que no calificaré de derechista, conservador o reaccionario, porque éstos son epítetos de la polémica política y muchas veces nada más. No: el concepto de una izquierda política es un concepto **burgués**, lo cuales una ubicación social, clasista, histórica, muy precisas.

Todo lo que hemos escrito en las páginas anteriores, para tratar de dar una ubicación histórica a ese concepto, nos lleva a concluir que él nace justamente con el co-

mienzo de la dominación política de la burguesía, muy especialmente la francesa. Una vez que estaba asegurada, afloró la primera inquietud de toda clase dominante: ocultar no sólo el carácter real, social, de su dominio, sino ocultar la idea de que el mismo exista. Y para eso, la división de la sociedad en criterios estrictamente políticos sirve a las mil maravillas, como antes sirvió la división en sectas religiosas.

Ni un momento de tregua

Porque una verdad de Pero Grullo enseña que donde hay una izquierda hay una derecha. Eso es lo que aflora. Pero lo que más interesa es lo que permanece oculto, lo que más hondamente cala en la mentalidad popular, el mensaje subliminal en suma: que si existe una derecha y una izquierda, también existe **un centro**. Tal centro no es - como en los parlamentos de la IV República Francesa una combinación de partidos que, sin ser chicha ni limonada, practiquen una política de inmovilismo: conservadora. No. Es algo más sutil: la idea de que, por encima de una sociedad enloquecidamente dividida en derechas e izquierdas, existe, imparcial y ordenador, un ente que está más allá de divisiones (más allá de las **clases**) y al cual siempre se puede recurrir para que corrija a Capuletos y Montescos con soberbio tono shakespeariano: "A plangue of both your houses!".

Si eso fuera todo, ya sería bastante. Pero es que el concepto de izquierda contienen además dos elementos que contribuyen a que cada paso que demos en sus movedizas arenas nos hunda más en la esterilidad y la incontenible manía hacia la división y la autofagia.

El primero de esos elementos es la inhibición frente al poder. Se está a la izquierda del soberano, como se está a la izquierda del dominador y, más allá, a la izquierda de Dios Padre. Pero el problema no consiste en estar a su izquierda o a su derecha, sino en **acabar con su dominio**. Al presentarse como izquierda, los partidos que allí se ubican no están eligiendo su propio terreno de combate, sino aquel que el enemigo les asigna. Esto que decimos es tan evidente que uno de los primeros intentos de constituir eso que hoy llamaríamos una Coordinadora de Izquierda se produjo hace más de tres lustros con la formación de un "Frente Nacional de Oposición" (estúpido mote al cual recordamos habernos opuesto, al menos con tanto énfasis como ahora lo hemos hecho con la idea de un Frente de Izquierda), que sobre todo revelaba la más atroz **arrière pensée** que pueda haber en la mente de un líder político: ser siempre oposición, no alcanzar jamás el poder.

El otro elemento a que hemos aludido es el siguiente, ya para finalizar: el concepto de **unidad de la izquierda** es un contrasentido, porque la izquierda lleva en sí el germen de su propia división. No tanto, como algunas buenas almas podrían pretender, a causa de las ambiciones personales, y ni siquiera - lo cual tendría al menos una justificación moral e intelectual - por su doctrinarismo. Lo lleva, sencillamente, porque si sustituimos una ubicación política por otra espacial, la pereza

mental hará el resto: el más lúcido desde el punto de vista político, y el mejor, desde el punto de vista moral, no será quien con más claridad analice la situación y proponga una política eficaz, ni tampoco el que mayores sacrificios consienta ni el que de mayores muestras de desprendimiento, sino quien esté más a la izquierda. Y es inútil pensar que alguna vez se podrá llegar a la orilla: uno siempre será el derechista de alguien, siempre alguien nos desbordará por la izquierda. Desde que el concepto de izquierda renació en la política venezolana, no ha tenido un momento de tregua la disposición grupuscular. Y hasta tenemos, en Domingo Alberto Rangel, a un personaje digno de figurar en el libro Guinness de los récords: alguien que ha descubierto la manera de estar siempre a la izquierda de sí mismo...